

EL MARQUÉS DE CERRALBO, LA ARQUEOLOGÍA Y EL COLECCIONISMO

JAIME ALVAR EZQUERRA

Toda mi vida me he ocupado mucho en coleccionar obras de arte, arqueológicas y de curiosidad, habiendo conseguido reunir importantes y muy valiosas colecciones, y puesto que no tengo herederos forzosos he resuelto disponer de estas colecciones en forma que perduren siempre reunidas y sirvan para el estudio de los aficionados a la ciencia y el arte.

(Cerralbo, 1922)

Es evidente que los estudios historiográficos han irrumpido con fuerza extraordinaria entre los especialistas en Historia Antigua. Un flujo repentino que sólo había despertado aisladas inquietudes hasta hace unos pocos años. Desde el recién creado Instituto de Historiografía de la Universidad Carlos III queremos unirnos a esa corriente de trabajo y reflexión que contribuye de forma evidente en la comprensión de nuestra propia realidad porque nos sitúa en el epicentro mismo de nuestra construcción histórica. La tradición de estudios historiográficos es lógicamente superior en los países de nuestro entorno, más conscientes que nosotros de lo extremadamente importante que es saber porqué explicamos las cosas del modo en que lo hacemos y cuáles son las claves que nos ayudan a comprender las formas de construcción del pasado. Sería un esfuerzo casi estéril si al retirar los velos no fuéramos capaces más que de describir lo que vemos al otro lado del producto recibido, incapaces de operar con ese conocimiento sobre nuevas formas de recibir, concebir y transmitir nuestra propia historia.

Gracias al proyecto de investigación BAT he podido adentrarme en la biblioteca de un español singular, D. Enrique de Aguilera y Gamboa, XVII Marqués de Cerralbo, víctima reciente de esa eclosión de estudios historiográficos. En efecto, desde las notas necrológicas originadas a su muerte en 1922¹ nada, prácticamente, se había

¹ En su mayor parte corresponden a la pluma de Juan Cabré, amigo y colaborador del finado, cuyo propósito fue evitar el olvido sobre la aportación del Marqués a la arqueología española. Sin duda, logró su objetivo, pues constituye una de las fuentes más importantes para el conocimiento de la obra de E. Aguilera y Gamboa. La bibliografía necrológica está recogida en la biografía que cito en la nota siguiente. J. Cabré, "El Marqués de Cerralbo (necrología)", *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, II (2-3), 1922, pp. 171-183; *idem*, "El Marqués de Cerralbo. Sus donaciones científicas. Su biografía", *Ibérica*, 451, 1922, pp. 285-287; *idem*, "El Marqués de Cerralbo. Sus descubrimientos arqueológicos", 453, 1922, pp. 314-317; *idem*, "El Marqués de Cerralbo", *Coleccionismo*, 112, 1922, pp. 3-7; *idem*, "El Marqués de Cerralbo", *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, XXX, 1922, pp. 223-229. A todo ello hay que añadir el monográfico del propio Cabré: *Museo Cerralbo o Museo del Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo D. Enrique de Aguilera*

vuelto a escribir sobre este arqueólogo de afición que, ciertamente, es merecedor de muchos más trabajos², hasta que en 1987 la Institución Fernando el Católico publicó bajo la dirección de Miguel Beltrán Lloris una edición anotada del original inédito del Marqués: *Arcóbriga*, que formaba parte de una obra desconcertante titulada *Páginas de la Historia Patria por mis Excavaciones Arqueológicas*. En concreto, Arcóbriga es el centro de atención del tomo V que fue redactado según el original mecanografiado que se conserva en la Biblioteca del Museo Cerralbo en octubre de 1911. Después el silencio se apropia de nuevo de nuestra figura, a excepción de un trabajo museístico sobre su colección³ hasta que en 1996 se publica la más amplia biografía realizada sobre Cerralbo hasta la fecha, a cargo de la que era entonces directora del Museo, Pilar de Navascués Benlloch, y de dos colaboradoras, Cristina Conde de Beroldingen Geyr y Carmen Jiménez Sanz⁴. Todas ellas han seguido trabajando sobre la figura de Aguilera y Gamboa, hasta el extremo de haber logrado restaurar de él un perfil humano y científico bastante preciso⁵. Desde entonces ha

y *Gamboa*, publicado por el Boletín de la Sociedad Española de Excursiones en Madrid, 1928 y las memorias inéditas del propio Cabré: *Museo Cerralbo o Museo del Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo D. Enrique de Aguilera y Gamboa. Memoria general de su estado durante el período de la Testamentaria, 1922 a 1934* (1935); *Museo Cerralbo. Memoria de su funcionamiento durante la dominación roja de Madrid (20 de julio de 1936 a 28 de marzo de 1939)* (1939). Otras necrológicas fueron redactadas por E. Hernández Pacheco, "El Marqués de Cerralbo", *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, XXI, 1922 y por el Marqués de Laurencín, "El Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo. Discurso Necrológico", Madrid, 1922.

² C. Sanz-Pastor y Fernández de Piérola, "El Marqués de Cerralbo, político carlista", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, I, 1973, constituye una excepción, pero apenas aporta nada a propósito del arqueólogo y coleccionista; sin embargo, la guía del Museo Cerralbo redactada por la que era entonces su directora, Carmen Sanz-Pastor y C. Fernández de Piérola (*Museo Cerralbo*, Madrid, 1982), sí es más rica en el aspecto biográfico, aunque se basa esencialmente en las necrológicas de Cabré. Otro tanto se puede decir del trabajo de J. L. Argente, "Los yacimientos de la Colección Cerralbo a través de los materiales conservados en los fondos del Museo Arqueológico Nacional", *XIV Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, 1977, pp. 587-598, en el que el objetivo eran los artefactos y no el arqueólogo, como correspondía al período en el que M. Almagro Basch dirigía el MAN y encargaba a sus discípulos trabajos de inventario y catalogación de materiales; cfr. M. Barril; *loc. cit.* (*infra*, nota 9), p. 11.

³ M. Barril, "Colección Marqués de Cerralbo", en *De Gabinete a Museo. Tres siglos de Historia. Museo Arqueológico Nacional*, Madrid, 1993, pp. 406-413. Años después, esta misma autora junto a M^a. L. Cerdeño publicó uno de los más importantes trabajos historiográficos acerca de nuestro personaje: "El Marqués de Cerralbo: un aficionado que se institucionaliza", en G. Mora y M. Díaz Andreu (eds.), *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*, Málaga, 1997, pp. 515-527.

⁴ *El Marqués de Cerralbo*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1996. En ese mismo año aparece un interesante artículo: E. Cabré Herreros y J. A. Morán Cabré, "El Marqués de Cerralbo y Juan Cabré", *Boletín de la Asociación de Amigos de la Arqueología*, 36, 1996, pp. 23-35. Tres años después se publica otro importante apunte biográfico a cargo de E. García-Soto Mateos, "Semblanza biográfica de Enrique de Aguilera y Gamboa", en E. Aguilera y Gamboa, *El Alto Jalón. Descubrimientos Arqueológicos*, Madrid, 1999, pp. 11-32.

⁵ P. Navascués Benlloch y C. Conde de Beroldingen, *El legado de un mecenas. Pintura española del Museo Marqués de Cerralbo*, Madrid, 1998; *idem*, *Museo Cerralbo*, Madrid, 1997; *idem*, "D. Enrique de Aguilera y Gamboa, coleccionista y fundador del Museo Marqués de Cerralbo", *Goya*, 262-267, 1998, pp. 323-332. C. Jiménez, "Pioneros: Enrique de Aguilera y Gamboa, Marqués de

habido noticias sueltas derivadas especialmente del estudio de fondos bibliográficos, como el de la Real Academia de la Historia, que ha descubierto epistolarios desconocidos en los que de forma directa o indirecta aparece nuestro personaje⁶, o de la propia obra de E. Aguilera que ayuda al conocimiento de su actividad arqueológica⁷, e incluso referencias aisladas en obras de carácter historiográfico al irse desvelando las redes de relaciones y su importancia en la reconstrucción de la historia⁸. Finalmente, en el año 2004 han aparecido dos estudios muy específicos sobre Cerralbo que dan cabal conocimiento de la actividad de este arqueólogo en los orígenes de la disciplina en España⁹.

Podría dar la impresión de que a la vista de todos los estudios recopilados no merece la pena regresar sobre el propio Marqués. Sin embargo, hay un aspecto hasta el presente no estimado que es, precisamente, el que me ha puesto a mí en contacto con todo este asunto. Me refiero, naturalmente, a su biblioteca, fuente preciosa para conocer la formación teórica del arqueólogo, sus intereses personales y las autoridades que en él ejercieron influencia. Todo ello está en el origen de su propia posición como historiador y coleccionista.

Como los datos biográficos están ya recogidos en las publicaciones que hasta ahora he mencionado, me limitaré a destacar los elementos mínimos para comprender las circunstancias vitales de nuestro protagonista. No obstante, he de señalar que buena parte de los artículos citados son muy reiterativos y que hay aspectos biográficos aún ocultos en documentación que tendrá que ser estudiada por quien pretenda ser el futuro biógrafo del Marqués de Cerralbo¹⁰.

Cerralbo", *Revista de Arqueología*, 182, 1996, pp. 52-57; *idem*, "Las investigaciones del Marqués de Cerralbo en el "Cerro del Villar" de Monreal de Ariza: Arcóbriga", *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie I, Prehistoria y Arqueología, XI, 1998, pp. 211-221; *idem*, "Reflexiones y apuntes sobre la obra *El Alto Jalón. Descubrimientos Arqueológicos*", en E. Aguilera y Gamboa, *El Alto Jalón. Descubrimientos Arqueológicos*, Madrid, 1999, pp. 33-55; *idem*, "Los primeros descubrimientos arqueológicos del Marqués de Cerralbo, noventa años después", en *I Simposio de Arqueología de Guadalajara*, Madrid, 2002, pp. 125-136; *idem*, *Álbum, La colección de fotografía del Marqués de Cerralbo*, Madrid, 2002, pp. 54-55; P. Navascués y C. Jiménez, "El XVII Marqués de Cerralbo y su aportación a la arqueología española", en G. Mora y M. Díaz Andreu (eds.), *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*, Málaga, 1997, pp. 507-513.

⁶ P. ej. en J. Maier, *Epistolario de Jorge Bonsor (1886-1930)*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1999.

⁷ P. ej. C. Caballero, *La ciudad y la romanización de Celtiberia*, Zaragoza, 2003.

⁸ M. Díaz-Andreu, *Historia de la Arqueología en España. Estudios*, Madrid, 2002.

⁹ M. Barril, "Enrique de Aguilera y Gamboa, XVII marqués de Cerralbo", en *Zona Arqueológica. Pioneros de la Arqueología en España. Del s. XVI a 1912*, 3, Alcalá de Henares, 2004, pp. 187-196; C. Jiménez Sanz y E. García-Soto Mateos, "Juan Cabré, Enrique de Aguilera y el Museo Cerralbo: apuntes sobre una relación científica y humana intemporal", en J. Blázquez y B. Rodríguez (eds.), *El arqueólogo Juan Cabré (1882-1947). La fotografía como técnica documental*, Madrid, 2004, pp. 89-103.

¹⁰ Sin duda, su actividad como académico ha debido dejar noticias en la Institución que aún no han sido detectados. Por otra parte, su actividad política y su vida pública ha tenido que dejar muchos más testimonios de los que hasta el presente se han dado a conocer por sus estudiosos. Por ejemplo, su relación con el coleccionista Lázaro Galdiano no ha sido estudiada, pero el análisis de la documentación de la Biblioteca del Museo Lázaro Galdiano que lleva a cabo la Dra. Mirella Romero ha

Nació Enrique de Aguilera Gamboa el 8 de julio de 1945 en Madrid, en el seno de una familia aristocrática. A la muerte de su padre, en 1871, hereda el título de Conde de Villalobos, y cuatro años después el de Marqués de Cerralbo tras morir su abuelo, quien le transmite asimismo dos grandezas de España. Desde su infancia es atraído por la colección de monedas, que logra mediante intercambio en los propios comercios de la capital. Después parece haber mantenido la afición hasta lograr una importante colección que se conserva en el MAN¹¹. Ingresa en la Universidad Central de Madrid para cursar estudios de Filosofía y Letras y Derecho. Allí entabla amistad con Juan Catalina García, que habría de ser director del MAN, y el conde de Melgar. A los 24 años ingresa en el partido carlista, probablemente influido por las ideas de su tío José Aguilera y Chapín. A los 26 contrae matrimonio con M^a. Manuela Inocencia Serrano y Cerver, viuda de Antonio M^a. del Valle Angelín, que había llegado a ser Ministro de Hacienda y con quien había tenido dos hijos. El mayor, Antonio del Valle Serrano, conoce a Enrique Aguilera precisamente siendo ambos estudiantes en la Facultad de Letras. Las relaciones con sus hijastros fueron aparentemente muy buenas. Colaboró con el hijo en publicaciones literarias, con la hija compartió la afición por el coleccionismo y viajó con toda la familia reiteradamente por Europa, pues con frecuencia acudían a subastas y anticuarios en París y visitaban los museos de las principales capitales europeas. Prueba del afecto entre todos los miembros de la familia es la donación que los hijastros hacen al Marqués del solar de la calle Ventura Rodríguez para que edifique allí entre 1883 y 1892¹² el palacio residencia que a la larga se convertirá en sede del Museo Cerralbo. No obstante, la mayor parte de los objetos acumulados por el coleccionista estuvieron depositados y exhibidos durante la mayor parte de su vida en el palacio de Sta. María de Huerta, adonde acudieron en visita arqueológica destacados representantes de la ciencia europea, como Harlé, Dechelette o Schulten.

En 1872, con el apoyo que le había otorgado la fundación de las Juventudes Católicas, logró escaño de diputado por Ledesma (Salamanca). En la década de los 70 sufre exilio en Biarritz y en París. Allí conoce, en 1876, gracias a Melgar, a don Carlos, el aspirante al trono por quien profesará desde entonces honda devoción. De regreso a España se manifiesta abiertamente contrario a la política del jefe del partido carlista, Cándido Nocedal y Rodríguez de la Flor (1821-1885), que había situado al carlismo al margen de la competencia electoral democrática. En 1881 don Carlos le encarga la constitución de una Junta de carlistas leales para acabar con Nocedal, pero fracasa.

En 1885 Enrique de Aguilera es nombrado senador del Reino por derecho propio. En 1888 funda el Círculo Tradicionalista y el sector más conservador del partido es

revelado la existencia de correspondencia que será de enorme utilidad para conocer la relación entre ambos coleccionistas y la actividad de Cerralbo como tasador de obras de arte.

¹¹ P. Otero, "Las monedas de las excavaciones del Marqués de Cerralbo conservadas en el Museo Arqueológico Nacional: monedas hispánicas", *V Simposio sobre Celtíberos. Gestión y desarrollo*, Daroca, 2000 (e.p.), citado por M. Barril, en *Pioneros de la Arqueología*, p. 187.

¹² Navascués y Conde, *Goya*, p. 330.

expulsado dada su debilidad tras la muerte de Nocedal en el 85. En 1890, Enrique Aguilera es designado por don Carlos, en la vacante de Nocedal, Jefe Delegado, es decir, su representante en España con el título de Mayordomo. En el 91 los carlistas concurren a las elecciones por primera vez desde la década de los 70, pero sus resultados son decepcionantes. El Marqués de Cerralbo se entrega con denuedo a la causa y organiza Círculos y Juntas por doquier para lograr una nueva base social. Es recompensado por don Carlos con su nombramiento en 1895 como Caballero de la Orden del Toisón de Oro y al año siguiente le impone el Collar de la Orden del Espíritu Santo¹³. Sin embargo, las disensiones en el seno del partido se acentúan y en 1898 Aguilera presenta su dimisión y se exilia temporalmente en Portugal. El carlismo sufre una grave represión y las Juntas y Círculos son cerrados.

A su regreso a España cambia radicalmente de actividades. Abandona la política y gracias a ello acentúa su interés por la cría caballar y, a continuación, por la Arqueología. Ocasionalmente había tenido relación con la disciplina, pues en el año 1885 es designado miembro del Tribunal de la cátedra de Arqueología de la Escuela Superior de Diplomática, donde estudiaban los Facultativos Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios. Los miembros de este tribunal fueron¹⁴:

Presidente: D. Luis Pidal, Marqués de Pidal, consejero de Instrucción Pública.

Vocales: Vicente de la Fuente, Juan Facundo Riaño, Juan de Dios de la Rada y Delgado, Enrique de Aguilera Marqués de Cerralbo, José María Escribá de Romaní Marqués de Monistrol, y Jesús Muñoz y Rivero.

Ganó esta oposición, parece que sin muchas molestias, el antiguo compañero de estudios del Marqués de Cerralbo y del Conde de Melgar, Juan Catalina García y López, quien tras la creación de las cátedras universitarias de arqueología en 1900, pasaría a ocupar la de la Central de Madrid. El resultado no fue, sin embargo, del agrado de su co-opositor José Ramón Mélida, once años más joven que Catalina y que aspiraba con sus propios méritos a la cátedra. La trayectoria de Mélida fue, a la larga más fructífera, pero en aquel instante no sólo actuaron contra sus intereses los dos aristócratas del tribunal, sino también los propios valedores de Mélida, Rada y Riaño con quienes se formó y desarrolló parte de su vida profesional. Las relaciones de Catalina y Mélida habrían de acentuarse a lo largo de los años, hasta el extremo de que a la muerte de aquél sería Mélida quien ocupara su cátedra de Arqueología en la Universidad de Madrid. Por lo que respecta a Cerralbo, volvería a tener relación con Mélida como consecuencia de su pertenencia a la Real Academia de la Historia, ya entrado el siglo XX, así como por ser miembros de la Comisión encargada de las excavaciones en Numancia.

¹³ Navascués, Conde y Jiménez, *El Marqués de Cerralbo*, p. 21.

¹⁴ Archivo Histórico de la UCM, ED 36/1; referencia al oficio de traslado del Rectorado sobre el nombramiento de la cátedra de Arqueología y ordenación de Museos de la Escuela con fecha 29 de enero de 1885. Sobre la Escuela, véase: I. Peiró y G. Pasamar, *La Escuela Superior de Diplomática (Los archiveros en la historiografía española contemporánea)*, Madrid, 1996.

La primera publicación de Cerralbo está relacionada con unas conferencias impartidas en el Ateneo de Madrid durante los cursos académicos de 1890-91 y 1891-92, en conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento. Su conferencia lleva por título *El virreinato de México* (Madrid, 1992)¹⁵.

En 1895 a instancias de la Real Academia de la Historia financió parcialmente las excavaciones de Vives en el yacimiento Campaniforme de Ciempozuelos. Cinco años más tarde publica un estudio sobre *Doña María Henríquez de Toledo, mujer del Gran Duque de Alba* (Madrid, 1900). Por otra parte, mantenía excelentes relaciones con el Museo de Ciencias Naturales en el que su tío había formado parte del patronato, centro en el que radicaba el estudio paleontológico y de la evolución humana en la Península Ibérica. Por entonces, el Marqués era bastante escéptico acerca de la pintura rupestre y su conexión con los más antiguos pobladores del solar peninsular. Sin embargo, en el año 1903 recibió al joven Juan Cabré que le entrega cartas de recomendación que inmediatamente surten efecto en don Enrique. Se inicia entonces una relación profesional y de amistad que ya ha sido suficientemente ensalzada, tal y como se descubre en los títulos de la bibliografía mencionada a lo largo de este trabajo y que alcanzan su punto cenital en esta referencia:

“En las páginas siguientes vamos a intentar plasmar esta vinculación personal y científica [entre Cerralbo y Cabré] que además de su interés historiográfico posee un valor humano muy notable derivado de la fidelidad que ambas personas se tuvieron, un ejemplo de hombría de bien y altruismo que quizá deberían imitar muchos en estos tiempos que corren, cuando estas virtudes parecen haber perdido sentido”¹⁶.

Por aquél entonces Cabré ya había hecho importantes hallazgos pictóricos y poco a poco iría convenciendo a su mecenas de lo conveniente que le sería cambiar de posición. En cualquier caso, parece que sus dos publicaciones, las relaciones con el MAN y con el Museo de Ciencias Naturales y, sobre todo su condición de Senador y riquísimo hombre público fueron aval suficiente para que en 1908 fuera elegido miembro de la Real Academia de la Historia. Su discurso de ingreso versó sobre el *Arzobispo Don Rodrigo Ximenez de Rada y el Monasterio de Santa María de Huerta* (Madrid, 1908). La contestación a su discurso estuvo a cargo de su viejo amigo Juan Catalina que ya ocupaba la dirección del MAN. Su interés por el arzobispo tiene explicación múltiple. De un lado, las propiedades del Marqués en Sta. María de Huerta deberían haber sido estímulo suficiente, pero a ello se debe de añadir que Cerralbo presenció la exhumación del citado arzobispo y que se apropió de algunos trozos de tela que se habían conservado excepcionalmente. En todo ello se aprecia la personalidad del coleccionista que no desaprovecha ocasión alguna para incrementar el lote de rarezas acumuladas y destinadas a la exhibición privada mediante la que engrandece su prestigio personal como hombre de sensibilidad y cultura.

¹⁵ Cfr. La información puntual en F. Villacorta, *El Ateneo de Madrid (1885-1912)*, Madrid 1985, p. 259.

¹⁶ Jiménez y García-Soto, “Juan Cabré, Enrique de Aguilera”, 2004, p. 90.

Sin embargo, ya para entonces había comenzado a sistematizar su actividad arqueológica, como se deduce de las referencias en el propio discurso a las excavaciones en Torralba, lo que daría como fruto inicial su libro *El Alto Jalón. Descubrimientos arqueológicos* (Madrid, 1909), la primera monografía de arqueología celtibérica. En ese mismo año es encargado de pronunciar una conferencia ante sus compañeros académicos en la que manifiesta su conversión tras el famoso *mea culpa* de Cartailhac titulada *Las primitivas pinturas rupestres (Estudio sobre la obra La Caverne d'Altamira de Mm. Cartailhac et Breuil)*. La influencia de Cabré había hecho mella en nuestro ilustre prócer de la patria.

A partir de entonces Enrique de Aguilera, sexagenario, se convierte en un infatigable arqueólogo, pues aplica a su nueva afición todo el entusiasmo que la vida le había retirado de la política y de sus otros entretenimientos. Lo sorprendente es que ni la viudedad ni los fracasos políticos pudieran doblegar la vitalidad del nuevo estudioso que se manifiesta como un autor juvenil, según tendremos oportunidad de ver más adelante.

A la muerte de don Carlos, su heredero Jaime, contó con los servicios del reputado Marqués, al que designó de nuevo Jefe Delegado (cargo que Aguilera había dejado en el inolvidable 1898) en 1913 y lo mantiene hasta 1919 a pesar de las claras disidencias y la debilidad política en la que se veía sumido. Probablemente ya antes Enrique de Aguilera había ingresado en la masonería y era miembro del Gran Oriente, plataforma que intensificó sus relaciones sociales y amistades fuera del carlismo. De hecho, el palacio de la calle Ventura Rodríguez fue sede de frecuentes fiestas y recepciones en las que participaron numerosos miembros de la Logia. En 1913 fue elegido miembro de la Real Academia Española y en 1917 de la de Bellas Artes de S. Fernando, aunque nunca leyó el discurso de ingreso en esta última.

En 1912 había acudido al Congreso Internacional de Antropología y de Arqueología Prehistóricas y tuvo un éxito notorio por su comunicación sobre tumbas ibéricas. No obstante en la publicación incorporaría sus hallazgos en Torralba. El prestigio del Marqués como arqueólogo experimenta un punto de inflexión definitivo con motivo de su participación en ese congreso. Por lo demás, fue nombrado presidente de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, así como vicepresidente de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades¹⁷. Desde esa posición y como miembro de la Academia de la Historia intervino en los preparativos de la campaña arqueológica conjunta de Schulten y Bonsor en el Coto de Doñana cuyo objetivo era descubrir Tarteso. Su mediación ante el propietario de las tierras, el Duque de Tarifa fue decisiva para la obtención de los permisos para la infructuosa campaña en 1921. El 27 de agosto de 1922 moría de una afección cardíaca en Madrid, a la edad de 77 años.

Su faceta coleccionista se desarrolla a lo largo de toda su vida. Ya he aludido a su iniciación infantil que describe así Cabré:

¹⁷ Navascués, Conde y Jiménez, *El Marqués de Cerralbo*, p. 33.

“Cerralbo empezó por la numismática como coleccionista, con el fondo inicial de una peseta, la primera recibida de sus ilustres padres para las golosinas y juguetes de toda la semana, la cual cambió por 34 monedas antiguas del modo tan perspicaz e ingenioso que transcribiré: se fue a un establecimiento de comestibles y le dijo a su dueño ¿me permite escoger del cajón de la calderilla algunos ochavos y por cada uno que aparte le daré un cuarto? Inmediatamente se le aceptó la oferta porque el tendero duplicaba el capital al cambio. En aquella época, debido a que reinaba un gran desbarajuste monetario, por ochavo pasaba todo, lo mismo un as ibérico, que un maravilloso bronce de Trajano, así como las diminutas monedas medievales y hasta los botones de cobre, machacados, de las guerreras militares; como quiera que el cuarto valía 2 ochavos y la peseta 34 cuartos, nuestro ilustre biografiado se iba tan satisfecho con sus 34 monedas antiguas. A la semana venidera repetía la operación en otro establecimiento, y así, poco a poco, logró reunir un gran lote de monedas, base de su estupendo monetario, el cual asciende hoy a unos 22.000 ejemplares diferentes. Al alcanzar semanalmente la subvención paterna a 5 pesetas, ya se permitía adquirir espadines, bronce, cuadros y antiguallas de cierto mérito artístico al reunir 5 duros semanales. ¡Cuántas veces le oí lamentar, en el seno de la confianza, el no haber heredado su fortuna unos 20 años antes, porque su colección hubiera sido quizá la mejor del mundo! Ante su vista pasaron series completas de tapices góticos, a mil reales ejemplar; armerías de casas señoriales; cuadros y porcelanas, etc., a precios inverosímiles”¹⁸.

Pero la gran colección se forma a partir del momento en el que confluyen en su haber la fortuna de su esposa, la herencia familiar y los beneficios procedentes de sus inversiones en ferrocarriles, en su yeguada y en la bolsa. Esa es la base financiera del coleccionista y mecenas de las artes. En el último tercio del s. XIX viaja por toda Europa visitando sus museos, documentando obras en los archivos, adquiriendo nuevas piezas para su colección y libros¹⁹. Por la correspondencia mantenida con Bonsor sabemos que Cerralbo estuvo en Sevilla en 1914, lo que supuso el inicio de una serie de contactos con el afamado arqueólogo asentado en

¹⁸ Acotado por Navascués y Conde en *Goya*, pp. 327-328.

¹⁹ Entre los países visitados están Francia, Portugal, Italia, Alemania, Reino Unido, Dinamarca, Suecia, Noruega, Austria-Hungría, Holanda, Suiza, Yugoslavia, Bulgaria, antigua Rumelia, Rumanía, Grecia y Turquía. Obtuvo terracotas de Tanagra, armas de piedra en Dinamarca y en 1883 compró al anticuario Michele de Venecia 21 lienzos de Ruschi, Palma el Joven, Lorrain, Piazzeta, Bassano, así como retratos de autor desconocido. En París, la *Compagnie de Commissaires-priseurs* organizaba subastas en el hotel de ventas de la calle Drouot, allí se hizo con el *Aquelarre* de Leonardo Alenza, el *Retrato del pintor Adam de Coster* de A. van Dyck, o el *Sueño de Jacob* de Ribera, además de dibujos italianos y franceses, bustos de mármol, lámparas, relojes, libros raros y manuscritos. En el Hôtel de Ventes Mobilieres de la calle Rossini adquirió instrumentos musicales de Oriente procedentes del Museo Instrumental de Adolphe Sax. En España, “con motivo de la extinción de algunas casas propietarias de grandes colecciones y la abolición de los mayorazgos, se sucedieron las ventas de obras de arte en subastas. Algunas obras pictóricas, propiedad de Cerralbo, han sido localizadas en el catálogo de la colección de José Madrazo de 1856... Otra parte de la colección de pintura de Cerralbo proviene de las casas ducales de Algete y Osuna y marqués de Somosancho. En 1884 efectuó compras por 34.000 pesetas de objetos procedentes de la colección del palacio de Vista Alegre, del banquero José de Salamanca. La *Inmaculada Concepción* de Zurbarán... muestra... el sello de su antiguo propietario, el marqués de Salamanca” (Navascués y Conde, *Goya*, p. 328).

Carmona. El propio Bonsor hizo de intermediario entre el abate Breuil y el Marqués, cuando aquél quiso regalarle un lote de armas ibéricas que había adquirido en Granada en 1914; el marqués agradece la mediación de Bonsor y le notifica la recepción del lote²⁰.

Se puede afirmar que en su práctica totalidad, la colección fue confeccionada por Aguilera, ya que la fortuna heredada no incluía más que mediocres retratos de antepasados o cuadros con motivos religiosos. El inventario de Cabré incluye más de 27.000 objetos y cerca de 10.000 libros.

La biblioteca constituye un pulso adicional para comprender al aristócrata reciclado en arqueólogo. En su momento fue sin lugar a dudas una de las mejor dotadas en España para Historia del Arte, Arqueología y Numismática. Obviamente era superada con creces por buena parte de las bibliotecas institucionales, pero casi la mitad de los libros estaban relacionados con el mundo antiguo. A ellos prestaremos una rápida atención.

Como es natural, la colección de libros del Marqués de Cerralbo no tiene ninguna sistemática. Se trata de una amalgama realizada paulatinamente al albur de los intereses reales o presuntos del propietario que sólo ocasionalmente utiliza en su producción académica. No se puede decir, a la vista de sus libros que fuera un lector compulsivo o que organizara de algún modo las adquisiciones de su biblioteca. El descontrol se pone de manifiesto en las repeticiones de libros que no corresponden a regalos de autor, sino a adquisiciones duplicadas. En efecto, parece que de hecho compra en viajes sucesivos a París el mismo libro, como dando la impresión de que constituye una novedad para él en cada caso. Por otra parte, sorprende la escasa atención con la que se hace con los textos clásicos. Sólo ocasionalmente obtiene la edición en latín o griego; los casos detectados corresponden a ediciones con cierto valor bibliófilo. De lo contrario, busca la traducción al español o, en todo caso, al francés. Es decir, hay una clara diferencia entre las adquisiciones del coleccionista bibliófilo –y cuenta en su haber con espléndidas ediciones– y los libros instrumentales destinados al trabajo. De entre los autores clásicos sólo parecen haberle suscitado interés los historiadores y geógrafos con información acerca de la Península; no hay casi nada relacionado con un afán literario o erudito, sino más bien específicamente orientado a sus investigaciones arqueológicas. Un buen ejemplo de la duplicidad se aprecia en sus ediciones de Apiano. Posee una traducción de Alessandro Braccio de 1559, pero él maneja una traducción al español que merece la pena por las anotaciones contenidas en el ejemplar. Dice la edición, publicada en Valencia en 1852, que la traducción del griego al castellano es de Juan Schweigewser y está anotado por Miguel Cortés y López, chantre²¹ de la Santa Iglesia Metropolitana de

²⁰ La correspondencia está recogida por J. Maier, *Jorge Bonsor (1855-1930). Un académico correspondiente de la Real Academia de la Historia y la Arqueología española*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1999; *idem*, *Epistolario*, citado más arriba. Las cartas que afectan al Marqués son las n° 199, 211, 212, 210 y 221.

²¹ El chantre es la dignidad eclesiástica encargada del gobierno del coro.

Valencia y miembro de número de la Real Academia de la Historia. Sin embargo, una acotación manuscrita y rubricada por un tal Tomás Muñoz y Romero afirma:

“Advertencia: la traducción del lib. 6 de Apiano Alejandrino (Guerras Ibéricas) fue hecha en 1790 por D. Ambrosio Rui Bamba. D. Miguel Cortés y López hubo de ella la copia en limpio de aquel y la ha publicado como propia, teniendo la poca aprensión de poner en el mismo manuscrito de Rui Bamba (todo de puño y letra de este) que era traducción hecha por él. De supercherías semejantes podrían encontrarse algunos ejemplos en su *Diccionario histórico geográfico de la España Antigua*”.

Entre los clásicos relacionados con la Península Ibérica hay que destacar un Mela de 1722 y su traducción al francés de 1843; las *Décadas* de Livio en una edición de 1582 y otra de 1790; la *Geografía* de Estrabón en edición francesa de 1867; Veleyo Patérculo en español, de 1787, así como una traducción de Polibio al español publicada en 1884, las *Historias* de Tácito en edición francesa de 1872, *Las vidas de los doce Césares* de Suetonio también en francés (1870), las *Filípicas* de Justino de 1873 traducidas al francés, los *Himnos Órficos* y los *Homéricos* en una edición francesa de 1904, *Los comentarios* de Cayo Julio César de 1867, *Las obras de Xenofonte ateniense*, de 1781, *Vidas de varones ilustres* de Cornelio Nepote, año 1795, así como varias ediciones de la *Ilíada* y la *Odisea* obras todas citadas en la introducción de sus *Páginas de Historia Patria*.

Le interesan ciertos personajes de la Antigüedad, como por ejemplo Alejandro sobre el que posee una traducción al francés de Arriano (1651) y un Curcio Rufo de 1794. También tiene la *Historia Judía* de Flavio Josefo en edición española de 1791 o las *Instituciones militares* de Vegetio (1764). Entre las obras no estrictamente históricas cabe mencionar un Séneca de 1606, y también se documentan obras de Safo y Alceo, Aristóteles, Demóstenes e Isócrates, Diógenes Laercio, el *Hermes Trimegisto*, incluso una *Biblioteca de Dramáticos griegos* de 1865; entre los autores latinos, están naturalmente presentes Ovidio (*Las metamorfosis* en edición de 1718), Horacio, Virgilio o Marcial –por el que siente simpatía dado su origen celtibérico, aunque dudo de que leyerá con igual simpatía sus mordaces epigramas–.

Al margen de los clásicos, la colección tiene importantes libros dedicados al mundo antiguo entre los que destacan los de tema religioso²², las historias generales de pueblos, como la colección de la Historia de las Naciones, y muy especialmente las historias de Roma: *La historia imperial y cesarea* de Pedro Mexia de 1655, *La Historia Antigua de Guillemin* traducida por Manuel Angelon en 1858, *La Historia de Roma* de Mommsen en la constantemente reimpresa traducción de García-Moreno, la de Duruy de 1875 publicada en español en París, o la de Bertolini de 1889, de cuyo prólogo –escrito por Salvador López Guíjarro– el Marqués acota: “Allí funciona ya, en la plenitud de su importancia, el gran Senado que fue, por tanto tiempo goberna-

²² Por citar sólo algunos ejemplos: G. Choul, *La religión romana y castramentación* (1571); Nieupoort, *Breviario de costumbres y rituales romanos* (1790); *La Historia Pintoresca de las religiones* de Clavel (1845); *La Historia del Cielo*, tratado de Mitología del abad de Pluche (1773) o la obra homónima de Camile Flammarion (1874).

dor universal de las naciones, casa y patrimonio de una aristocracia tan patriótica, tan inteligente, tan activa. Allí nace luego su rival, la plebe, el elemento político de abajo, el liberalismo que había al cabo de vencer y de imponerse en nombre de los intereses de mayor número”. También pueden encontrarse el *Catalogo degli antichi monumenti dissotterrati dalla discoperta città di Ercolano per ordine della maeta di Carlo* de Bayardi (1754), *Lettres écrites d’Egypte et de Nubie en 1828 et 1829* de Champollion (1868), *Explication abrégée des coutumes et cérémonies observées chez les Romains: pour faciliter l’intelligence des anciens Auteur*, de Nieupoort (1790) o de Boulanger, *L’antiquité dévoilée par ses usages ou Examen critique des principales opinions, cérémonies et institutions religieuses et politiques des différens peuples de la terre* (1766) y de Jules Zeller, *Les empereurs romains. Caractères et portraits historiques* (1869).

Entre las obras de numismática cabe mencionar *Illustratione degli Epitaffi e medaglie antiche* de Symeoni (1558), *De monetis Italiae* de Argelatus (1750), el ensayo de los alfabetos de Velázquez de 1752, el *Catálogo de las Medallas* de Alonso O-Crouley (1794), las *Medallas antiguas* de Addison (1795) y *Los sistemas métricos y monetarios* de Vázquez Queipo publicados en francés en París en 1859, ejemplar dedicado por el autor al secretario perpetuo de la Académie des Inscriptions et des Belles Lettres, quien pronto lo trasladaría al mercado de segunda mano.

Pero al margen de todo eso²³, su biblioteca demuestra las aficiones variopintas, que naturalmente incluyen guías de viaje (como *Voyage de Dalmatie, de Grèce et du Levant* de Wheler, editado en 1723 o *Guide-Manuel de Rome et ses environs*) y de museos. Ciertamente, sus viajes lo indujeron a comprar libros de temáticas extraordinariamente variadas ajenas a los estrictos *instrumenta studiorum*. Ahora bien, entre éstos destaca la colección de arqueología española, aunque ignora muchas de las cosas que se estaban publicando sobre el Mediodía y el Levante, a pesar de sus relaciones con Bonsor, Schulten y la atención que Cabré le otorga a esos ámbitos geográficos. Me atrevería a afirmar que el Cerralbo arqueólogo estaba preocupado casi en exclusiva por la Prehistoria y por el celtismo. De ahí su dedicación a Celtiberia y la acumulación de bibliografía sobre el mundo céltico francés. Hasta separatas de las más recónditas excavaciones francesas le llegaban a su biblioteca. Prácticamente nada hay, por el contrario, de otros países y entornos culturales. Es curioso que su interés por Italia se centra en la monumentalidad renacentista y barroca, pero no se siente igualmente atraído por el pasado prehistórico que la Arqueología estaba entonces exhumando. En cualquier caso, la inspección de todo este material libresco permite aseverar que el Marqués trabajó con buena parte de la bibliografía arqueológica que había acumulado, como se aprecia en las citas de sus trabajos de investigación.

²³ Aún habría muchas obras que añadir, por ejemplo: *Disertación histórica y política de los tiempos antiguos*, Wallace, 1759; *Los reinados de Nerva y Trajano* de Barbet; *Persia* de Dubeux (1842); *La historia de la literatura latina* de Baehr; por supuesto, *La ciudad antigua de Fustel de Coulanges* (1876); *Las antigüedades romanas* de Adam, 1834, y las de Ozaneux de 1845; *El Diccionario Histórico* de Moreri y su correspondiente traducción al castellano; *El Manual Bíblico o Curso de Sagrada Escritura* de Bacuez, 1809.

Otra dimensión distinta es el valor que haya de concedérsele como historiador. No es este el lugar en el que se vaya a emitir un juicio. Sería necesario analizar el contexto internacional para determinar la posición que corresponde a Enrique de Aguilera. Sus logros objetivos han sido reiteradamente mencionados desde las laudatorias páginas de Cabré hasta las referencias biográficas más recientes. Sin embargo, el análisis interno de su obra ha merecido menor interés. Curiosamente, el arranque del estudio sistemático de este personaje, como ya señalé al comienzo, se estrena con el análisis arqueológico de su actividad en Arcóbriga. Sería mezquino destacar las debilidades metodológicas por mucho que hubiera ya arqueólogos que se planteaban el proceder de otro modo. Me interesa más el análisis ideológico y para ello es imprescindible penetrar en sus inéditas *Páginas de la Historia Patria por mis excavaciones arqueológicas*. El propio título es significativo porque su objetivo es hacer Historia, no Arqueología, a pesar de que no hay prácticamente nada de lo uno y sólo una actividad infatigable pero de dudoso resultado de lo otro. En segundo lugar porque el deseo no es cualquier tipo de Historia, sino Historia patria, por lo que sería necesario determinar qué significa en 1911 redactar Historia Patria, cuando ya antes se habían escrito muchas Historias Generales de España. Ciertamente no se le escapa a Aguilera la importancia de los antecedentes y, como deuda y homenaje, cita al finalizar la presentación de sus *Páginas de la Historia Patria*, aquellos autores que le han servido de inspiración y modelo, en una mezcla generosa de autores antiguos con contemporáneos suyos: Antonio Agustín, el padre Flórez, Beuter, Morales, Loperráez, Fernández Guerra, el padre Fita, Sautuola, Saavedra, Alcalde del Río, Góngora, el padre Furgús, Vilanova, Menéndez Pelayo, Tubito, Rada y Delgado, López Ferreiro, Berlanga, Casiano del Prado, Murguía, Villamil y Castro Delgado, Zobel, Pujol, Alsius, Mérida, Sampere, Cabré, Puig i Cadafalch, Antón, Oloriz, Gómez Moreno, Román y Calvet.

A renglón seguido menciona a los extranjeros que le han servido de guía en sus estudios arqueológicos: “y entre esos resplandores se distingue admirablemente la figura de aquella célebre mesnada de sabios extranjeros, que vienen a combatir a nuestro lado las campañas de la Ciencia, destacándose como jefes Leite de Vasconcellos, Cartailhac, Siret, Harlé, Bonsor, Breuil, Schulten, Dechelette, Sandars, Pierre Paris, Boule, Reinach, Obermaier y no pocos más”²⁴. La lista es sobradamente expresiva de las dependencias científicas del Marqués. En su inmensa mayoría se trata de autores franceses y de todos ellos se conservan publicaciones en su biblioteca. La admiración que por ellos profesa se pone de manifiesto en la aseveración siguiente, sin duda, como garantía para la solicitud del premio al que presentaba su obra:

“Traigo a este libro el fruto de mis grandes afanes y trabajos, para exponerlos al análisis y clasificación de los sabios, que son los Generales de la Ciencia, y a ellos se deba la victoria sobre lo desconocido.

²⁴ Marqués de Cerralbo, *Páginas de Historia Patria*, vol. 1, p. 13.

Y si después de tal declaración se llaman atrevimientos el acudir al palenque del celeberrimo Concurso Martorell, véase que vengo empujado por algunos sabios españoles y extranjeros, atento a la estimación que ellos me dicen conceder a varios de mis descubrimientos, con los cuales voy a intentar esclarecer algún tanto la vida antigua de la España Central”.

La susodicha obra está precedida por el lema: “Queriendo servir a la Patria” y, a continuación, el autor intenta justificarse en el prólogo, donde reconoce que no le conduce afán de notoriedad, sino amor a la Patria y por ello se dedica a escudriñar arqueológicamente el territorio central de la misma, convencido de que hasta en el más modesto rincón se pueden hallar las grandezas de tan querida madre que se ha mostrado muy generosa ante sus azadones.

Naturalmente, el Marqués de Cerralbo obtiene el premio que había sido instaurado en 1887, año en el que habría de serles concedido a los hermanos Siret por sus “trabajos relativos a varias poblaciones y sepulcros en los alrededores de Almazarrón y Cartagena”²⁵. El contenido de la obra presentado al premio sorprende por su heterogeneidad. Está compuesto por cinco volúmenes mecanografiados, con abundantes erratas por la celeridad con la que se presenta, según declara Cerralbo en su Advertencia inicial. El último tiene como objeto el yacimiento de Arcóbriga y es el más redondo. Los demás son recopilaciones de prospecciones o excavaciones de muy desigual interés, presuntamente organizados cronológicamente, pero que en definitiva resultan un batiburrillo muy poco elaborado. No puede sustraerse el crítico a la idea de que en la concesión intervinieron factores ajenos al valor de la obra, pues ese mismo año Cerralbo está designado por el Ministro de Educación como consejero para la elaboración de la ley de Excavaciones, encargo adicional al peso específico que Enrique de Aguilera tenía ya en la política y en la Arqueología españolas del momento.

Pues bien, este político errático, el arqueólogo desmesurado, el historiador fallido, pasa a la Historia como un mecenas que lega su colección al Estado. Es loable el acto y así ha sido reiteradamente destacado por sus biógrafos, pero lo que no parece igualmente pertinente es la afirmación de que: “en unos tiempos en que la ley permitía a los arqueólogos la posesión de parte de los objetos descubiertos, el marqués de Cerralbo no se guardó para sí sus hallazgos materiales”²⁶. Es cierto que así fue, incluso que el Marqués actuó en beneficio de la ley de 1911, pero no es menos cierto que la legislación emanaba de los mismos individuos e intereses de clase que quienes deseaban dar prosapia a sus mansiones con la posesión de piezas arqueológicas. El legado de Cerralbo es una realidad histórica, pero también lo es que murió sin descendencia directa. Sin duda, la convicción de su hijastra Amelia

²⁵ E. Hübner, “Objetos del comercio fenicio encontrados en Andalucía”, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, IV, 1900, pp. 338-351. Citado por Maier, *Bonsor (1855-1930)*, 1999, p. 116. El propio Hübner obtuvo al año siguiente un accésit con este premio instaurado por el Ayuntamiento de Barcelona con su obra *La Arqueología de España*.

²⁶ Navascués, Conde y Jiménez, *El Marqués de Cerralbo*, p. 35.

del Valle Serrano de la conveniencia de la entrega al Estado de la colección fue tan importante como la del propio Marqués en el destino último de la principal labor de su vida, que su colección sirviera “para un fin ético y sublime, para los necesitados de cultura y los amantes del arte y de la ciencia”, según dejó sentenciado en su testamento²⁷.

Tal vez las cosas hubieran sido de otro modo si el Marqués o su hijastra hubieran muerto con descendencia, pero es ese extremo incontrastable, por lo que no queda más remedio que aceptar la acción generosa que supone el legado común que nos dejó D. Enrique Aguilera y Gamboa.

²⁷ Navascués, Conde y Jiménez, *El Marqués de Cerralbo*, p. 44.